



www.loqueleo.com/co

La golondrina que trajo el verano

© Del texto, 2021: Albeiro Echavarría

© De esta edición:

2022, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 1 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7520-34-9

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Nomos S.A.

Primera edición: mayo de 2022

Dirección de arte de la colección:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Arte de cubierta:

Marcela Quiroz

Diseño de cubierta:

Alexandra Romero Cortina

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

La golondrina que trajo el verano

Albeiro Echavarría

loqueleg

*A ti, querida Juana, por llenar mi vida de colores,
por darme tantos momentos de felicidad
y por hacerme sentir tan orgulloso
de ser tu papá.*

El florero

9

Iba con el morral en la espalda y una mano en el bolsillo. Estaba a punto de cruzar la calle cuando escuché esa canción, “Hotel California”, que a papá tanto le gustaba. Era como su himno personal. A mí me generaba cierta sensación de angustia porque una noche papá tradujo la letra y, a partir de ahí, cada vez que la escuchaba, imaginaba el fantasma de una mujer bonita dirigiéndose a mí y susurrándome al oído “welcome to the Hotel California. Such a lovely place, such a lovely place, such a lovely face” (“bienvenido al Hotel California, qué lugar tan encantador, qué lugar tan encantador, qué hermosa fachada”).

Después... después me veía intentando escapar de aquel lugar pero no había forma de salir porque “you can check out any time you like but you can never leave” (“puedes hacer el *check out* en el momento que quieras pero nunca te podrás ir”). Así me sentía por esos días: como si estuviera en una prisión y hubiera recibido un boleto de salida que no era aceptado por el carcelero. Era la prisión que yo mismo había forjado como castigo por haber matado a mi papá.

Me torturaba con ese pensamiento hasta el punto de que me desvelaba con la duda de si yo era una marioneta a merced del destino o una víctima que había caído en una trampa elaborada por un ser implacable. ¿O había sido papá el que cayó en la trampa y fui yo el titiritero?

10 Papá odiaba los gatos y nunca consintió en que yo llevara uno a la casa. De niño, la única mascota que tuve fue un hámster que escondí en el armario durante catorce días, que fue el tiempo que resistió el encierro antes de morir por falta de sol, o tal vez por aburrimiento. En cada cumpleaños lo único que pedía era un gato. Mamá no se mostraba reacia a que tuviéramos animales en la casa, pero decía que no iba a discutir con él porque entendía sus razones. Él argumentaba que les había cogido terror a los gatos cuando era niño y su papá le leyó un cuento llamado “El gato negro” de Edgar Allan Poe. Punto. Se cerraba toda discusión sobre el tema. De alguna manera lo aceptaba porque a mí me daba angustia cuando escuchaba “Hotel California”.

Entonces mis cumpleaños se convirtieron en días tristes, llenos de desilusión y hasta de rabia. Pero papá me hacía olvidar el enojo llevándome a comer a mi restaurante favorito, dándome una mesada extra o jugando PlayStation toda una tarde conmigo. Yo lo amaba demasiado aunque no se lo manifestaba, lo admiraba por su talento, y tampoco se lo decía. Era un gran guitarrista, aficionado a Eddie Van Halen, y tenía un bar de rock en la avenida sexta de Cali, donde se presentaba con su propia banda llamada Empty-Head. Además, se había con-

vertido en curador de antigüedades para el anticuario que mamá había heredado de mi abuela en el barrio Versalles.

No me di por vencido, y cuando iba a cumplir los trece años le escribí una carta en la que le supliqué que me dejara adoptar un gato que un compañero del colegio —ni siquiera era amigo mío— iba a entregar al Departamento de Zoonosis del municipio, porque en su casa ya tenían demasiados animales. En la carta le expuse con argumentos sólidos que un animal era bueno para la salud mental de toda la familia y le prometí que el gato no iba a causar ninguna molestia ni a causar daños.

11

La carta obró el milagro. No sé cómo lo hizo, pero papá contactó a mi compañero de colegio y el gato apareció en una cajita de madera que me entregó antes de la ceremonia del pastel, me dijo que en la vida uno tenía que hacer sacrificios por las personas que amaba. Era un gato negro de lunares blancos y orejas muy largas al que llamé Lucas.

Lo primero que hice fue llevarlo a tomar agua. Papá había comprado todo lo necesario, incluida una bolsa de comida y una bolsa de arena, pero Lucas se limitó a observarlo todo con aire de desprecio. Cuando me cansé de insistir en que se alimentara, lo cargué y le mostré toda la casa, la cual no pareció impresionarlo.

Al rato, papá me llamó aparte y me dijo que no esperara que él fuera amistoso con el gato y que lo mejor era que lo mantuviera alejado de su estudio, porque si lo veía merodeando por allí le ponía una soga al cuello y lo

colgaba de una lámpara. Eso lo decía solo por asustarme, porque yo sabía que él no era capaz ni de matar una mosca.

12 A papá le había dado un infarto cinco meses antes y siempre sospeché que por haberse visto al borde de la muerte fue que su corazón se ablandó. El infarto le comprometió dos arterias, pero durante la angioplastia descubrieron que tenía otra obstrucción y terminaron poniéndole tres *stents*. Estuvo tres meses en rehabilitación cardiovascular y empezó a tomar medicamentos para mitigar una pequeña arritmia que le quedó después del procedimiento.

Hacía dos meses que había regresado a trabajar al bar, se estaba preparando para retomar sus otras actividades cuando ocurrió la tragedia. Recuerdo que ese día mamá había comprado unas flores y, como no había encontrado un florero, las puso en una jarra de vidrio que tenía guardada en un estante de la cocina. En ese momento recibió una llamada y me pidió que las pusiera en la mesa redonda donde estaba la foto de su matrimonio con papá.

Tomé la jarra y en el camino se me ocurrió que esas flores podrían quedar mejor en la mesa de centro que estaba en la sala. La puse allí y me pareció que, en efecto, las flores le daban alegría a la casa y que ese era el lugar más adecuado. Mamá no estuvo de acuerdo, pero se resignó.

Después de la cena me senté en el escritorio a hacer unos trabajos del colegio. Al rato me puse a pensar en el Código del Estudiante que había expedido la rectora,

parecía diseñado para presidiarios. Iba a escribir algo para la columna *Albricias* que tenía en el periódico del colegio, pero me dio sueño. Me tendí en la cama y al instante me quedé dormido.

Eran las tres y cinco minutos de la mañana cuando me despertó un ruido atronador. Fue tan terrible que creí que un rayo había caído en la mitad de la sala. Me levanté como un resorte y salí corriendo hacia el corredor. Mamá y papá iban uno detrás del otro, cual par de fantasmas, sin tener idea de qué estaba ocurriendo.

Me adelanté, prendí la luz, y al ver la escena lo comprendí todo: el gato, agazapado debajo del sofá, había hecho caer la jarra con las flores. El piso estaba lleno de vidrios y agua y las flores estaban junto a la pata del sillón formando un ramito que parecía haber sido puesto allí deliberadamente.

—¡Ese gato tuyo! —exclamó mamá—. ¿Ves el desastre?
—Claro que lo veo, mamá.

Papá se sentó de súbito en el sillón pasando por encima del desastre y se llevó la mano al pecho.

—¿Te pasa algo? —preguntó mamá al notar que papá estaba desgonzado y se había dejado caer sobre el espaldar como un muñeco de trapo.

Papá no respondió. Hizo una mueca e intentó decir algo, pero no pudo, solo emitió un leve quejido e inclinó la cabeza hacia a un lado. ¡El susto le había generado un segundo infarto! Mamá trató de reanimarlo mientras yo, con manos temblorosas, llamaba a una ambulancia. Apenas lo hice, volví a la sala. Me acerqué a papá y le toqué la

frente. Ahí supe que no había nada que hacer. Mi papá no tenía signos vitales.

Me senté a su lado mientras mamá le daba palmaditas en la cara y trataba de reanimarlo masajeándole el pecho. Me recosté sobre su hombro y le supliqué que no me abandonara. Fue como si me hubieran sacado el intestino, el hígado y el corazón. Durante mucho rato sentí que yo era un mero caparazón. Fueron otros, los de la Fiscalía, los que lograron pararme de aquel sillón.

14 Horas después, al hacer el levantamiento del cadáver, los técnicos de la Fiscalía nos hicieron algunas preguntas, como si fuéramos sospechosos de su muerte. Lo entendí porque una persona que llegara de afuera podría llevarse la impresión, al ver la escena, de que papá había sido asesinado con el florero. Pero todo se fue aclarando, no solo para ellos sino para mí. La verdad empezó a madurar en mi cabeza hasta convertirse en una revelación insoportable: mi papá había muerto por el susto que le produjo el estruendo de la jarra que había caído al suelo porque el gato la había empujado.

Era la peor ironía de todas: papá, enemigo declarado de los gatos, había muerto por la acción de un gato. Pero detrás de esa acción, estaba yo. Si a mí no se me hubiera ocurrido pedir ese gato, mi papá estaría con vida. En últimas, la culpa era mía. Yo había orquestado la muerte de mi padre. No solo era lo del gato, sino que yo había puesto las flores en el lugar exacto donde el gato las tumbó ocasionando el estruendo y el infarto de mi padre.

Desde ese día, la vida cambió; ya nada fue lo mismo. Una nube muy oscura se posó sobre mí dejándome sumido en una profunda desolación.

A papá le gustaba mucho el rock de los años setenta y ochenta. Esa era la música que se escuchaba en mi casa desde que yo era un bebé. Me sabía todas esas canciones, aunque no fueran todas de mi gusto.

Cuando llegué con mamá a la casa, después del entierro, me encerré en mi cuarto y puse una de sus canciones favoritas, “Don’t cry” de Guns N’ Roses, que me traía recuerdos de momentos felices pero que me incitaba a no parar de llorar:

*Don't you cry tonight
I still love you, baby
Don't you cry tonight
Don't you cry tonight
There's a heaven above you, baby
And don't you cry tonight*

Con la muerte de mi padre me volví muy taciturno. Quería descubrir si uno forjaba su propio destino o si por el contrario uno era una marioneta del destino. Si una acción mía podía desencadenar hechos dolorosos, ¿otra acción podría ocasionar sucesos felices? ¿Cómo se podría prever qué consecuencia traería una simple decisión como pedir un gato de cumpleaños o cambiar de posición un florero? ¿Papá odiaba a los gatos porque intuía que uno de ellos iba a acabar con su vida? ¿Qué papel

representaba yo como determinador absoluto de la llegada del gato a nuestra casa?

Todas esas cosas volvieron a mi mente cuando escuché “Hotel California” mientras caminaba rumbo al colegio. Ya habían pasado varios meses desde la muerte de papá y estaba muy lejos de sospechar cuál iba a ser la siguiente jugada del destino o la próxima acción mía que iba a mover el engranaje de un suceso insospechado.

El colegio

Fue por la manía de meter la cucharada en toda discusión que surgía en el colegio que a mi profesor de lenguaje, Emilio Zapata, se le ocurrió ofrecerme una columna en el periódico *El Tinterillo* que circulaba en el colegio cada mes. Estaba comenzando el bachillerato y acepté con la condición de que no me tocara redactar noticias porque la reportería no me llamaba la atención. En cambio las columnas de opinión eran otro cuento, allí podría expresar todo lo que se me antojara sin necesidad de estar midiéndole el tono a la objetividad, algo que me parecía muy difícil de conseguir.

A mi columna le puse el nombre de *Albricias*, con la idea de sorprender a mis lectores en cada una de las entregas. Debuté con un tema que generó polémica y que titulé “El ejemplo comienza por casa”. Propuse, con diversos argumentos, que el colegio no vendiera gaseosas en la tienda para que los estudiantes mantuvieran una dieta saludable. La primera que protestó fue la rectora, cuyos dos hijos eran auténticos adictos a la Coca-Cola. A muchos profesores tampoco les gustó la idea, y ni se diga

lo que ocurrió con los estudiantes. Con solo decir que me granjeé más de un enemigo. Pero lo bueno fue que también gané admiradores. Muchos estudiantes estuvieron de acuerdo conmigo y me animaron a seguir escribiendo sobre esos temas. Todo eso me llevó a pensar que era imposible que todo el mundo iba a estar de acuerdo con lo que escribiera y que tenía que aprender a no angustiarme por las críticas.

18

Pero la mejor época llegó cuando estaba en octavo grado y asumí la dirección del periódico del profesor Octavio, con el que establecí una excelente conexión. Él siempre me retó a escribir sobre temas polémicos y me defendió en las reuniones del comité editorial, del que hacían parte la rectora y varios profesores.

El Cipriano Núñez era el mejor colegio público de Cali. Sus alumnos sacaban muy buenos resultados en los exámenes del Icfes y la institución se ponía como ejemplo de buen desempeño académico y administrativo. Yo estaba allí desde preescolar y cuando cursé tercero ya tenía los amigos que me iban a acompañar por el resto de mi vida escolar.

El colegio había pasado por momentos difíciles, pero siempre se mantenía en el top cinco del Valle del Cauca. Uno de los grandes retos que tuvo que superar ocurrió cuando yo estaba en quinto. En esa época, el país se vio afectado por una gran crisis económica y mucha gente se quedó sin empleo. Lo que pude entender fue que mucha gente pudiente tuvo que retirar a sus hijos de los colegios privados, y como el Cipriano Núñez era el mejor entre los

colegios públicos, los matricularon allí. De un momento a otro el colegio se llenó de caras nuevas —algunas de ellas bastante degradables— y se vivieron momentos de mucha tensión.

Al comienzo fue muy difícil para todos. Los niños y niñas de estratos altos, a los que empezamos a llamar “los nuevos”, empezaron a formar sus grupos y a sentirse, de cierta manera, dueños del colegio. No era raro que un niño fuera recogido en una camioneta Toyota mientras su compañero tenía que irse a pie hasta su casa, lejos del centro de la ciudad, o que un estudiante pidiera McDonald’s por Rappi mientras a otro le chirriaban las tripas porque no tenía ni una moneda para el almuerzo.

19

Mis papás vieron algo positivo en todo aquello: no se cansaban de decirme que ahora el colegio era un microcosmos donde convivían niños y jóvenes de todos los estratos sociales, como en la vida de los adultos, o que ese cambio iba a ser muy bueno porque íbamos a tener la oportunidad de conocer diferentes opiniones, caracteres, formas de hablar y hasta de vestir.

Mucho tiempo después, cuando los problemas se agudizaron, traté de ser conciliador y escribí una columna que llamé “Todos en el mismo barco”, en la que propuse la creación de mesas de diálogo para distensionar el ambiente. En esa ocasión no hubo rechazo a lo que escribí, pero en la práctica fue poco lo que se hizo. El problema es que ya había tomado mucha fuerza una organización de amigos conocida como La Butaca, en la que había estudiantes de todas las clases sociales y cuya principal

característica —aunque no la más grave— era su intensa y despiadada actividad en las redes sociales. La Butaca se convirtió en el palo en la rueda de todo propósito tendiente a lograr una sana convivencia.

Nunca me relacioné con “los nuevos”, porque yo tenía un grupo de amigos que conocía desde niño y que no corrieron tras la novedad de los recién llegados, sino que se quedaron en sus puestos, más unidos que antes.

20 Entre esos amigos estaba Emanuel. De pelo crespo, bigote incipiente, cejas tupidas y ojeras pronunciadas, era el tipo de muchacho que poseía el don de atraer a todo el mundo por su belleza y por su talento. En clase dibujaba a sus compañeros de perfil y hacía caricaturas de los profesores que provocaban más de una sonrisa soterrada. A pesar de que poseía todos los ingredientes para ser un chico popular, era bastante tímido y solo se relacionaba bien conmigo y con Leonardo, un integrante de La Butaca.

Emanuel nunca se sintió cómodo en nuestro grupo, del que hacía parte Mario, un mamagallista de primera línea; los mellizos Vargas, tan diferentes el uno del otro como el agua y el aceite; Caliche, coleccionista de aviones de guerra y de libros de historia; Graciela, con carita de “yonofui” pero la más provocadora, y Amanda, que era muy popular porque tenía un canal en YouTube donde hacía gala de sus dotes culinarias.

De los siete, Emanuel fue el único que se dejó tentar por La Butaca. Para todos fue muy sorprendente cuando eso ocurrió. Nadie le dijo nada, pero fue claro que sus días en